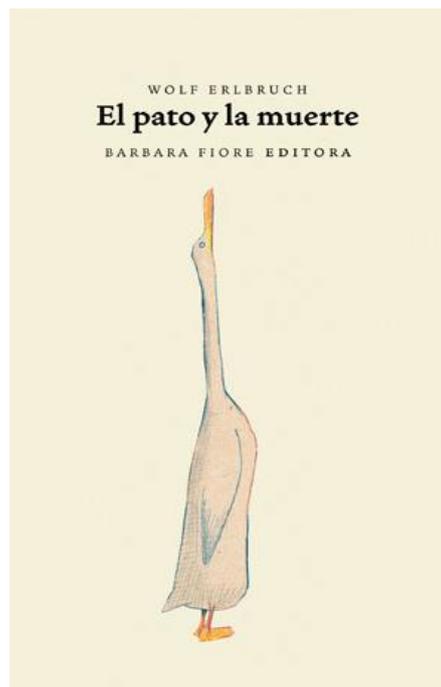

**Irrupción literaria: Habilitar la voz para hablar de lo
inadecuado. Reseña de El pato y la muerte de Wolf Elbruch**
Por MARIANO NICOLÁS GARNIER

Wolf Elbruch
El pato y la muerte
Buenos Aires
Calibroscopio
2015
32 p.



**Irrupción literaria: Habilitar la voz para hablar de lo
inadecuado. Reseña de El pato y la muerte de Wolf Elbruch**

Mariano Nicolás Garnier ¹

Y claro, piensa uno, no puede menos que pesar: una
literatura fundada en una situación comunicativa tan dispareja

¹ Profesor de Lengua y Literatura (2014) Esc. Normal. Sup. "República Oriental del Uruguay". Especialista en la enseñanza de la escritura y la literatura (2017) INFOD. Diplomado en Planificación Educativa (2017) FASTA. Profesor de Práctica docente III (2016 -2018) I.F.D. Rep. O. del Uruguay. Profesor de Lit. de niños de jóvenes (2016-2017) I.F.D. Rep. O. del Uruguay. Correo electrónico: columnarianogarnier@hotmail.com

—el discurso que un adulto le dirige a un niño, lo que alguien que “ya creció” y “sabe más” le dice a alguien que “está creciendo” y “sabe menos”—no puede dejar de ser sensible a ese desnivel. Es una disparidad que tiene que dejar huellas.

Pero ¿cuáles son las huellas que deja? ¿Y quien es el que deja marcas, el niño al que el texto busca como lector, o más bien el adulto en el que se originó el mensaje?

Graciela Montes

“La literatura debe valerse por sí misma”, me confesó Liliana Bodoc el 1° de septiembre del año pasado cuando preparaba el taller en el que trabajaría con mis alumnos de nivel secundario, mientras intercambiábamos pareceres acerca del lugar que se le asigna a la literatura de hoy en la currícula escolar, a lo que agregó “Hay escuelas a las que voy a dar charlas y talleres en las que me dicen que no les hable a los chicos de duendes y brujas”. Y ese comentario abrió el devenir intertextual de argumentos como los que expone María Teresa Andruetto en su libro “Hacia una literatura sin adjetivos”:

El peligro que acecha a la literatura infantil y la juvenil en lo que respecta a su categorización como literatura, es justamente el de presentarse a priori como infantil o como juvenil. Lo que puede haber de “para niños” o “para jóvenes” en una obra debe ser secundario y venir por añadidura, porque el hueso de un texto capaz de gustar a lectores niños o jóvenes no proviene tanto de su adaptabilidad a un destinatario sino sobre todo de su calidad. (2009, p. 37)

Las exigencias de un mundo occidental que se presenta con realidades diversas, tal vez las mismas de siempre sólo que ahora potenciadas por la globalización, por su difusión inmediata por los canales de las nuevas tecnologías a las que la gran mayoría tiene acceso, incluso los niños, compromete a los constructores de los relatos culturales por la inminente confrontación de pareceres y la crítica común. La literatura goza de ser un discurso ficcional, y ello le posibilita tratar los asuntos que se le plazcan, sobre todo los considerados tabú, de un modo más o menos verosímil, y los agentes editoriales y el sistema educativo, comienzan a verse obligados o comprometidos a romper con “El corral” (2001) como lo denomina Graciela Montes, o “la caja de cristal” como se suele decir.

En el libro álbum en cuestión titulado “El pato y la muerte” de Wolf Erlbruch, publicado por Bárbara Fiore Editora (2007) y el sello editorial Calibrosopio en el año 2015, se plantea uno de los tópicos literarios universales, la muerte (el final, el fin, el ocaso, el cierre o como se quiera denominar a este momento de la vida), pero enmarcado en la colección Narrativa infantil y juvenil Alemana.

¿Se trata de un libro que deberá hacer fuerza para llegar a los lectores en general, franqueando las barreras de los mediadores de lectura y el sistema educativo?

Si bien la literatura es literatura y no pretende (no debe ser) pedagógica ni moralista, sino un discurso autónomo sin adjetivos que la determinen, según la tendencia de los especialistas en LIJ, aquí los niños se incluyen como lectores privilegiados en un texto con temática que suele excluirlos: ¿Por qué exponer la muerte en la niñez? ¿Cuál es la necesidad? Sería el mejor planteo evasor. Pero ¿Por qué no quitarle el tabú al asunto? Se propone en contraposición la literatura rebelde, la que indaga e incomoda, la que se suele excluir del canon escolar.

La obra de Wolf Erlbruch, por estar pensada como un álbum, amerita una práctica de lectura completa desde lo lingüístico y visual pero escapando a las convenciones del formato, observable desde la soledad de los personajes en la página de fondo monocromático y la sobriedad en la elección de los tonos. Otra muestra de esto son los espacios que ambientan el contexto de las escenas por definirse con líneas e imágenes simples, pero no por ello insignificantes. Todo lo contrario.

El pato comienza a visualizar a la muerte que lo persigue desde hace mucho tiempo en el inicio del cuento, ésta se alegra de que le haya descubierto y se presenta como tal, anunciando que está con él desde que nació. Esto causa sentimientos encontrados, y así se da la experiencia amistosa entre estas dos partes del todo. La muerte es temida, pero resulta simpática y con connotación salvadora ante las adversidades de la vida de un animal, como podría serlo un resfriado fuerte. Pero es la muerte, es el gran temor de la humanidad, y en un diálogo se hace explícita la antítesis que motiva dichas sensación:

De los accidentes se encarga la vida; de los resfriados y del resto de las cosas que os pueden pasar a los patos de vez en cuando, también. Sólo diré una: el zorro. El pato no quería ni imaginárselo. Se le ponía la carne de gallina. (Erlbruch, 2015, p. 7)

La vida y la muerte: ¿El propio miedo de los adultos, tal vez? ¿La muerte como oscuridad? ¿La muerte como fealdad? ¿La muerte como un tema del que debemos protegernos, del que no hay que hablar, al que llamar con epítetos o mejor aún, ni mencionar a los más chicos?

El título de la obra ataca sin enmiendas, con determinismo, sin eufemismos o metáforas, anticipa la labor de prelectura y amerita una productiva inferencia paratextual que increpa a los mediadores de lectura que deberán atreverse a abordarla. Porque se trata de un atrevimiento, deberán decidir la inclusión o exclusión: ¿El amor o la amistad no son suficientes como temas para los niños? En literatura, no. Aquí no hay límites.

El pato en la tapa del libro, personaje que no es “amarillo patito” como se vería usualmente representado este animal, se presenta solo sobre un fondo amarillo opaco. ¿Y la muerte? Ésta aún no aparece graficada: ¿Será otro personaje? ¿Será el tema que preocupa al pato? ¿Dónde se presenta? ¿Estará sublimada por la dirección a la que apunta el pico del pato, hacia arriba? La respuesta se halla en la segunda página del cuento, la muerte comparte el color con el pato (¿El estereotipo no indica que debe ser negra?), tiene la cabeza como una calavera y luce delgada, enfundada en un austero tapado a rayas que deja asomar una pollera.

El libro plantea un gran desafío de lectura para padres, para maestros, profesores y bibliotecarios que sin lugar a dudas deberán cuestionarse e idear situaciones interrogativas hipotéticas que van a demandar respuestas, proponiéndose no alterar ni direccionarlas previo al proceso de lectura, de manera anticipada. Sin duda es propio del mundo occidental adulto al que pertenecemos el temor al final, a la muerte, al tema y a sus fundamentaciones religiosas y espirituales, pero el concreto en esta propuesta de lectura es pensarse como sujetos menos limitados, menos convencionales y tal vez más razonables, como son los niños: “Erlbruch mostró al resto de los autores que las restricciones son propias de los adultos, pero que los niños y jóvenes están más abiertos a nuevas ideas.” (Diario El Español, 2017)

¿Y si este pato con la muerte, en la convivencia que presentan mediante la historia contada en veintinueve páginas ilustradas en colores de tono mate, con poco texto y en tamaño grande, no resulta problemática como se augura?

Con respecto al deseo de experimentar la propia muerte, encontramos la asimilación con el sueño, reinterpretado como un estado de pasividad que repliega al individuo a su interioridad. La muerte-sueño marca un estado de transición, el paso de una etapa a otra. Una parte del yo debe morir para poder crecer: algunos recuerdos y experiencias deben ser sepultados, olvidados (Díaz, 2015, p. 73)

El lobo de Caperucita Roja muere, a Blancanieves intentan asesinarla, producirle la muerte, pero ahora el acto final de la vida adopta forma de personaje y su nombre es el título del libro, eso me lleva a preguntar: ¿Quién teme? ¿Quién no entiende? ¿El adulto sabio, o el niño astuto? ¿A qué se le teme como mediador de literatura, al propio discurso o a nuestro potencial lector?

Referencias bibliográficas

- Wolf, A. (2015). *El pato y la muerte*. Buenos Aires, Argentina: Calibrosopio
- Andruetto, M. T. (2013). *Hacia una literatura sin adjetivos*. Córdoba, Argentina: Comunicarte
- Díaz, F. H. (2015). *Temas de literatura infantil: aproximación al análisis del discurso para la infancia*. Buenos Aires. Argentina: Lugar Editorial
- Montes, G. (2001). *El corral de la infancia*. México: Fondo de Cultura Económica
- Riaño, P. H. (7 de abril de 2017). Wolf Erlbruch, el dibujante que habla de la muerte a tus hijos. *El Español*. Recuperado de: https://www.elespanol.com/cultura/libros/20170406/206479546_0.html